



El Novecientos y después

Descubrimiento y gloria del kande suizo

Fue en la misma Plaza Independencia, y por el Novecientos, cuando aparecen un día unos caramelos rosados y duros, que nadie había conocido jamás. Los ofrecía un señor rubio y de guardapolvo blanco impecable y gorrita no menos impoluta, quien en su pésimo español les explicaba a los transeúntes que aquéllos, rosados, eran unos caramelos de origen suizo, fabricados por él, suizo también, y que se llamaban “kande”, palabra no menos suiza que se escribía con “k” suiza.

Instalado en la Plaza, daba a probar pedacitos de kande cortados con una diminuta hacha –seguramente suiza–, con la que iba trozando la larga tira rosada del caramelo que él mismo había fabricado con misteriosos ingredientes que no revelaba.

Y el hombre cayó en gracia y fue bien recibido por la chiquilina novelera que pronto se aficionó a la golosina; aunque su éxito mayor fue con las niñeras que acompañaban a los párvulos, ya que el helvético resultó un piropeador de primera y dueño de una pinta que encontró gran aceptación entre nuestras muchachas.

De aquel predicador de golosinas ignoradas no se supo más nada. Tal vez haya retornado a la patria del kande; pero sus caramelos se quedaron aquí, ya que adquirieron carta de ciudadanía entre los montevideanos. Tal vez porque los kandes, por ser suizos, servían para recordarnos que éramos, cómo no, la Suiza de América, ese otro caramelo sonrosado que tantos uruguayos supieron saborear con tan ingenua fruición.

Los jóvenes atletas del 900

Dichosa edad la del 900, en que todavía el deporte no regía, ni de cerca, el sistema de pasiones prioritarias de los montevidéanos. El fútbol había sido hasta hacía poco “cosa de ingleses medio locos” y recién se iba incorporando a las costumbres y gustos de cada vez más criollos. El remo –anterior entre nosotros al fútbol– fue también, en los comienzos, reducto minoritario de ingleses trasplantados, aunque pronto fue prendiendo entre la gente nuestra, según se pudo ver en otro tomo de esta obra.

No se crea, sin embargo, que la juventud novecentista era por completo reacia a los despliegues musculares y las “performances” extenuantes. Así, una crónica de 1900 nos hace saber que los alumnos de 4to. y 5to. años de gimnasia de la Universidad de la República resolvieron un buen día hacer lo que ellos llamaron un “paseo gimnástico” hasta Villa Colón.

Como era “gimnástico”, el paseo fue efectuado, claro está, a patacón por cuadra (como se decía entonces), esto es, a pie, ni siquiera en bicicleta; y participaron en la prueba una veintena de muchachos abnegados, dispuestos a culminar con éxito aquella hazaña caminatoria.

El relato no carece de sorpresas: *“La estudiantil falange partió de la plazoleta de la estación del Ferrocarril Central a las 7 y 5 de la mañana, y llegó a la estación de Colón a las 9 y 45, empleando por consiguiente 2 horas y 40 minutos en recorrer las tres leguas que hay de distancia de Montevideo a aquel pueblo”*. Nótese la precisión cronométrica de la crónica, que parece anticipar lo que será después un rasgo obsesivo en toda competencia deportiva donde el tiempo empleado define rendimientos y posiciones.

“Después de verificado el almuerzo –prosigue el cronista– se resolvió hacer el regreso igualmente a pie. Se partió del sitio denominado “Plaza Vieja”, en Colón, a las 3 y 40 minutos de la tarde, haciendo los muchachos su entrada triunfal a la plazoleta de la Estación del Ferrocarril Central a las 5 y 55 minutos de la tarde, es decir que recorrieron nuevamente las tres leguas en 2 horas y 15 minutos, con una ventaja, por consiguiente, de 25 minutos sobre la ida. Se explica esta diferencia por dos razones: primero, porque sólo se hizo un descanso de 5 minutos en el Paso del Molino, y luego porque se descendía la cuchilla en vez de ascenderla, como en el viaje de ida”. (Tal vez el puntilloso cronista de la hazaña olvidó un tercer factor nada desdeñable, bien conocido

*Una irreconocible
18 de Julio
luciendo
iluminación
alegórica.*



de cualquier cabalgante: cuánto más ligero se anda cuando se retorna a la que-
rencia).

La publicación novecentista comenta con entusiasmo el alarde de los jóvenes universitarios puestos a “sportmen”, como dirían en aquel tiempo en que se anglicaban todos los términos que tuvieran que ver con el deporte: “*Es éste el primer paseo gimnástico que verifican los estudiantes, y han dado, como se ve, muestras evidentes de resistencia y coraje físicos que los han entusiasmado, con los estruendosos hip! hip! hurra con que despidieron a su profesor de gimnasia al separarse; manifestaciones que el profesor, señor Lamas, correspondió con un hurra! a los estudiantes de 4to y 5to. años de gimnástica*”. Más británica no pudo ser la separación, con los novedosos gritos de victoria y jolgorio recién importados de las islas.

Cualquiera que lea esta crónica se imaginará a los muchachitos de 18 o 20 años –más no tendrían– vistiendo camisilla deportiva, shorts y zapatos de tenis, visto el calibre de la hazaña deportiva que acaban de cumplir; pero por suerte ha quedado una foto que los muestra a todos reunidos en torno a su profesor Lamas en la misma Estación de Ferrocarril, no bien concluida la extenuante caminata (no se aclara si antes o después de los hurras); y entonces descubrimos que todos cumplieron el periplo Montevideo-Colón-Montevideo vestidos de... traje, chaleco y corbata, cada uno con su elegante gacho en la cabeza –salvo dos, que prefirieron galerita–, sin que falte algún par de deportistas que realzaron su prestancia llevando bastón...

Todos parecen los papás de ellos mismos, pero eso no les impidió deslumbrar al Novecientos con aquel “footing” hasta Colón ida y vuelta, con el que demostraron su arrojo e intrepidez de auténticos “recordmen” en ciernes. Hurra por ellos.

Inesperados finales de un pianista y un macró

No pudo ser más variada la tipología humana que anduvo deambulando por los círculos infernales del Bajo montevideano a comienzos de este siglo.

En su comparsa esperpéntica se entreveró de todo: maleantes, cafiolos, niños bien, compadres, políticos a escondidas, tahúres, respetables padres (y abuelos) de familia, ladronzuelos, musicantes, alcohólicos, maricas, redentores, mafiosos, poetas, traficantes, profetas de a vintén...: nada podía faltar en aquel caldero donde hervía la hez condenada de la sociedad montevideana, mientras otros iban a buscar allí desahogo, transgresión, ruptura de barreras demasiado sofocantes, cuando no la fascinación morbosa de ser testigo y parte de aquel aquelarre.

No es de extrañar que entre los pantanales del Bajo emergieran unos cuantos personajes de perfil insólito y casi siempre abyecto, atraídos por la sordidez de los negocios posibles; pero también solían encontrarse presencias no muy explicables, que parecían llevados por el gusto o la necesidad de aclimatarse, vaya a saberse por qué, en esos abismos de disgregación humana.

A esta última estirpe perteneció, sin duda, un personaje seductor y misterioso que apareció un día en el Bajo sin que se supiera bien cómo ni por qué vino a parar allí. En una especie de sótano de la calle Recinto se acababa de inaugurar el primer cabaret que funcionó en la zona, por mal nombre “La Yeta”; y en él tocaba tango un pianista que se haría legendario, Prudencio Aragón. Pero un día Aragón anunció que debía marcharse a Buenos Aires y que en su lugar dejaría a un suplente de su conocimiento.

Para sorpresa de todos, el que vino a ocupar su lugar resultó ser un negro muy bien vestido y elegante, que para colmo de inadecuaciones con el lugar, era estadounidense. Cundió la desconfianza entre los parroquianos de “La Yeta”; máxime cuando el recién llegado se sienta al piano y toca magníficamente una pieza de jazz.

*La Giralda,
santuario entrañable
de una rica vida
montevideana.*



Por cierto que todos los parroquianos de aquel lugar militaban con fervor en las filas del tango. Fue entonces que el negro, sin inmutarse, interpretó con el mejor estilo tanguero “Viento en popa”, de Rosendo Mendizábal (o el Pardo Rosendo), autor del célebre “El entrerriano”. Desde ese momento, el norteamericano Harold Philips inicia en el Bajo una deslumbrante carrera de pianista de tango, que lo llevó prontamente a la fama y lo puso de moda en los ambientes de nuestro submundo tanguero.

Tan alto llegó su renombre que pronto se lo llevan a tocar en ámbitos un tanto más exigentes: así se lo ve desfilar por las “pensiones” de Sara Davis, Juana Ramírez y María López. Su éxito arrasador no es sólo musical: Harold Philips tenía además una estampa irresistible de dandy, que lo convirtió en favorito de las mujeres de la noche, que se lo disputaban.

Y se hallaba el norteamericano en la cumbre de su popularidad tanguera y femenil, cuando un día, intempestivamente, anuncia que se marcha para Europa. No explicó por qué, ni nadie se lo preguntó tampoco: una de las leyes del Bajo era no preguntar. Como tampoco le habían preguntado antes de dónde sacaba los magníficos trajes y camisas que lucía, ni cómo había conseguido su cultura y refinamiento indudables, ni por qué desaparecía durante varios días y nadie sabía dónde encontrarlo.

De modo que se marchó, nomás, del Bajo, dejando entre los asiduos y las asiduas un halo de misterio y leyenda que demoró mucho en borrarse.

Cuentan que mucho tiempo después, un amigo recibió una foto que Harold le envió desde Bruselas, donde se lo ve con una rubia estupenda. “Mi esposa”, explicaba escuetamente.

La contracara de esta figura simpática y misteriosa nos la proporciona otro extranjero, esta vez un francés, que hizo también del Bajo su centro de operaciones. Pero es éste un personaje siniestro y vituperable. Era conocido por Víctor el Francés y su “oficio” conocido era el de explotador de mujeres.

Se sabe que en nuestro bajo mundo, Víctor el Francés capitaneaba una especie de hampa muy bien organizada, de la que él era la cabeza indiscutida y temible. Y eso que en el Bajo tallaban por entonces otros sujetos de fama brava como Pierre le Noir –también francés–, Marius, Pepe el Porteño, quienes, a pesar de ser maleantes de siniestra trayectoria, obedecían a Víctor y trabajaban para él.

Víctor el Francés tenía instalada su “oficina central” en el Café de la Unión, en pleno corazón del Bajo. Y desde allí manejaba los hilos de sus negocios siempre turbios, que eran variados y abarcaban los ramos más lucrativos, aunque su “especialidad” era la trata de blancas.

Es sabido que en el Bajo estaban de rigurosa moda las prostitutas francesas, diosas de chafalonía en aquel universo prostibulario: la clientela exigente no se conformaba con menos. Entonces Víctor se las arreglaba hábilmente con sus conocimientos y relaciones en su país natal, para tejer las redes de su “tráfico infame” (como dice el lugar común de las crónicas policiales).

Hasta que un día él también, como antes Harold Philips, anunció sorprendentemente que abandonaba su sitio en aquel submundo delincencial del que había sido dueño y señor. Víctor había decidido volver a su tierra, tal vez conforme con la fortuna que a esa altura ya se había labrado, o acaso harto de vivir en sobresalto continuo bordeando la cárcel.

Lo singular de este hombre nada fácil de comprender, fue que, vuelto a su pueblo, se dedicó a... fundar escuelas, organizar bibliotecas, impulsar toda suerte de obras benéficas... ¿Remordimientos? ¿Una forma de pagar una deuda moral que lo atormentaba? ¿Un genuino sentimiento de solidaridad que recién ahora podía ejercerse, pero nada fácil de entender en aquel hombre que había llevado una vida siniestra y crapulosa y había tenido un comportamiento tan poco piadoso con sus semejantes?...

Harold Philips y Víctor el Francés: dos personajes de leyenda en el firmamento del Bajo montevideano, tan contrapuestos en sus vidas como en sus psicologías. Pero igualmente contrapuestos en la manera de terminar sus andanzas.

Una pausa en el recorrido céntrico del Tranvía del Norte.



En efecto, un día llegó a Montevideo una carta desde Europa, anunciando que Harold Philips había sido fusilado por espía durante los días de la Primera Guerra Mundial. Y en otra correspondencia desde Francia se hacía saber que aquel Víctor el Francés de tan detestable recordación entre nosotros, acababa de ser electo Alcalde de su pueblo, como reconocimiento a sus obras benéficas y a su interés por el bienestar de sus conciudadanos...

Las damiselas y el monstruo de acero

A poco de comenzado el siglo, tiene lugar en Montevideo una amable reunión social en un escenario por demás infrecuente: la terrorífica cubierta de un barco de guerra.

Se hallaba anclado en nuestro puerto un crucero estadounidense, el Chicago. Y según consignan las crónicas de la época, “un núcleo de jóvenes de nuestra sociedad” tuvo la idea de ofrecerle un banquete a la oficialidad de la nave. Realizado el ágape, que resultó “encantador”, la plana mayor del Chicago se dispone a retribuir atenciones, invitando a los jóvenes para un agasajo a bordo.

Conviene darle entrada textual al testimonio sospechosamente alborotado del cronista social del novecientos: “A las 2 de la tarde salieron de la Capita-

nía tres vaporcitos, llevando el más distinguido cargamento que era dable imaginar. Grupos de damas y caballeros de nuestra alta sociedad, iban, con esa nerviosidad que antecede a las fiestas, con la vista fija en el horizonte, donde se destacaba el Chicago luciendo el lujoso empavesamiento de gran gala. Cuando se llegó al costado, la oficialidad estaba sobre cubierta; y si los poderosos cañones se mantenían discretamente callados, la banda de a bordo saludaba a los visitantes con alegres notas”.

Alegrados de este modo los visitantes gracias a que los cañones permanecieran callados para que la banda se luciera, trepan a cubierta las damas y caballeros de nuestra alta sociedad.

“La reluciente cubierta presentó desde ese momento el más animado aspecto con el vivo color de las banderas nacionales y norteamericanas que, hermanadas, adornaban el improvisado salón de baile al aire libre. Hubo en ese momento detalles deliciosos”.

Y pasa entonces a mostrarnos uno de esos detalles deliciosos, difícilmente superable por ningún otro: *“Más de una mano femenina acarició algunos de los brillantes cañones, y de seguro que el monstruo de acero hubiera tronado de placer, si no se lo impidiera la disciplina férrea que impera siempre entre marinos de guerra... Los bronce relucientes, el brillante acero, todas aquellas formidables máquinas de guerra, contrastaban con la animación de los elegantes valeses boston de la banda y la belleza y las toilettes de las damas”.*

Salteamos otros detalles deliciosos y nos vamos aproximando resignadamente a la inevitable despedida: *“Los oficiales del Chicago, así como los del Wilmington –otro barco estadounidense en nuestro puerto–, siempre galantes y correctos, se excedieron en hacer agradable la fiesta a todos los concurrentes, quienes se retiraron profundamente gratos a las finezas y amabilidades recibidas. El almirante Schley, con su Estado Mayor, hicieron los honores de la fiesta con tanta galantería como pericia y valor demuestran en el mando de sus buques, tanto en la paz como en la guerra”.*

Y sigue la nómina pormenorizada de todas las damas asistentes a este sarao acuático, pero resultaría fastidioso transcribir los nombres de las dichas. Apuntemos, eso sí, que todas, colmadas de atenciones, hicieron la travesía de retorno en los tres vaporcitos de la Capitanía, regresando sin una salpicadura a sus hogares, felices por haber acariciado a los terribles cañones del Chicago a punto de ponerse a tronar de placer.

Alegato del fútbol contra la literatura

Fue sin cuartel la guerra entre literatos y futbolistas allá por el Novecientos. A decir verdad, iniciaron las acciones bélicas los escritores, que juzgaban con burla y desprecio los primeros alardes musculares de los jóvenes —y no tan jóvenes— a quienes veían agitar sus físicos sin entender para qué diablos. Pero, como se verá, el fútbol no se quedó de brazos cruzados, y respondió contratacando con saña aquellos embates de los hombres de letras.

Se entiende la inquina que éstos le profesaban a la actividad física. El estilo personal de los intelectuales del 900 era su negación casi puntual: melanas caudalosas, el rostro en lo posible demacrado como delatando alguna enfermedad inconfesable, los físicos esmirriados, la figura desaliñada o, mejor aún, desaseada, como pregonando a los cuatro vientos un desapego irreconciliable por las convenciones burguesas y bienpensantes de una sociedad pacata a la que un intelectual que se preciara no podía menos de desdeñar y transgredir...

Por lo demás, el literato de entonces sacralizaba la bohemia literaria, vivía en los cafés, era personaje de la noche, se refugiaba en cenáculos insalubres, solía beber por demás, sin que faltara alguna exhibición de morfomanía, real o fingida, que formaba parte del figurín a la moda según los vientos de “degeneración” que soplaban desde el decadentismo elegante impuesto por la Meca parisien.

En suma: exactamente todo lo contrario de lo que reclamaba el beato y algo inocentón lema “*mens sana in corpore sano*” venerado por los deportistas de todos los tiempos y lugares.

Uno de los poetas que con mayor saña atacó la pasión por el deporte y puso en ridículo el afán de correr como un energúmeno detrás de una pelota, fue nada menos que Julio Herrera y Reissig. Y precisamente a él le salu al cruce un conocido político y periodista de aquellos días, el doctor Pedro Manini Ríos, una de las cabezas visibles de la oposición conservadora colorada al reformismo de Batlle, quien no vacila en vapulear por la prensa al poeta mayor de nuestro Novecientos.

“Al señor Julio Herrera y Reissig —clama iracundo— se le ha antojado que nuestra juventud debe descuidar su físico, haciéndolo degenerado y misérrimo para gozar del concubinato con las musas ideales. Nosotros opinamos en sentido diametralmente opuesto. No podemos comprender cómo se pretende que

*Racimo de
novecentistas
entregados a uno
de sus ocios
predilectos:
el paseo
al aire libre.*



crezca y desarrolle el vigor intelectual de nuestra muchachada, cuando la mayor parte de ella prolonga sus días a remiendos; cuando todas las vivacidades del espíritu se debilitan y agostan y acaban por ceder ante las exigencias de un organismo enclenque y raquítrico. Toda irregularidad orgánica, todo estado patológico de la fisiología del individuo, señala un tropiezo paralelo en las funciones de su inteligencia. ¡Y encima se les predica a nuestros jóvenes que abandonen los fútbols y los gimnasios y se entreguen a las vanas superfluidades de la literatura!”

Es evidente que con este exabrupto final –considerar a la literatura “vana superfluidad”–, se le fue la mano a don Pedro, como antes a los detractores del deporte en nombre de un decadentismo de importación: ya se ve que las pasiones no suelen ser madrinas lúcidas de ninguna ecuanimidad.

Los hechos posteriores, como demasiado sabemos, dieron amplia victoria a los defensores del deporte, con su adalid Manini Ríos a la cabeza: en Montevideo, como en todas partes, el fútbol y las demás disciplinas del músculo siguieron conquistando juventudes, en una marcha avasalladora que alcanza su culminación en nuestros días, cuando el deporte se vive con pasión y entrega tan parecidas al fervor religioso.

Señalemos por último que los intelectuales del Novecientos, derrotados por los fanáticos del deporte, tuvieron dentro de filas una oveja negra, por no decir un desertor: Horacio Quiroga era, como se sabe, fanático del ciclismo deportivo. Y quién sabe cuántos de sus relatos sobrecogedores fueron concebidos encima del cuadro de una bicicleta de carrera, en medio de furibundas pedaleadas que Herrera y Reissig con seguridad no habrá aprobado...

El café que jubilaba a sus parroquianos

Hasta no hace mucho se podía ir a jugar a los dados, al ajedrez o al dominó sobre sus añejadas mesas de buena madera. (Este autor consumió algunas madrugadas de su juventud jugando absorbentes partidas de generala). El Café Británico fue de los últimos baluartes del siglo pasado que pervivieron lozamente hasta la segunda mitad del nuestro, fecha en que sucumbe para descon-suelo de los nostálgicos.

Había abierto sus puertas en 1896, próximo al Palacio Salvo. Pero su auge y su gloria ocurrieron a partir de 1914, cuando se congregaron en sus mesas gentes literarias, algún que otro político, ajedrecistas de campeonato, historia-dores, morfinómanos, comerciantes de no muy alta estofa...

Cuenta Manuel de Castro, que lo frecuentó por años: *“Era extenso, y hacia el fondo los hermanos Tramontano, sus dueños, habían hecho pintar, en honor de la clientela y con todo esmero, un paisaje tirolés con diminutas mon-tañas, una cascada con juegos de luces imitando el agua, y en primer plano una pastora reclinada en actitud de dulce abandono, sosteniendo un cántaro de barro. Una vez terminada la obra, los hermanos Tramontano creyeron del caso pedirle la opinión a Augusto Gonzalbo, crítico de arte del diario “El Día” y más tarde redactor de “La Mañana”, asiduo cliente al café. Gonzalbo, enfocando hacia la obra su único ojo, pues el otro era de vidrio, sentenció gravemente: “Cuando la fantasía popular se desborda, culmina en estos ver-daderos engendros!”*

Los inocentes dueños del Británico supusieron que la palabra “engendro” era un elogio, y entonces le regalaron al crítico una botella de coñac francés, que por supuesto no demoró en ser degustada hasta muy al fondo por el crítico y su rueda de amigos.

Estos hermanos Tramontano le vendieron el negocio, en 1941, a un tal Félix Croccia, que desde los 11 años había sido lustrabotas del Británico e intermediaciones. El nuevo dueño resultó ser un hombre original, puesto que introdujo una innovación nunca vista en los anales de este ramo: decidió “jubi-lar” a los parroquianos que cumplían treinta años de habitués, y desde ese momento tenían derecho a una copita o café por día a cargo de la casa...

Desdichadamente para los jugadores de generala y demás fanáticos, el Británico pasó a peor vida allá por la década del cincuenta, en los alrededores de Maracaná, según creo recordar.

Marajaes y simios fabulosos en Montevideo

En 1925 ocurrió en nuestra ciudad un hecho desacostumbrado, que dejó con la boca abierta a los montevideanos: nos visitó un auténtico marajá hindú, primero que llegaba a estas playas desde sus exóticos reinos cuya fastuosidad no nos era fácil imaginar.

La fantasía popular se desbordó a poco de llegado el simpático personaje, y pronto se le adjudicaron riquezas nunca vistas, palacios nunca vistos, festines nunca vistos, elefantes nunca vistos, pero sobre todo harenes nunca vistos, con manadas de espléndidas odaliscas para uso exclusivo del titular.

Pero no permaneció demasiado tiempo entre nosotros el fabuloso Marajá de paso, requerido por otros trajines. Sin embargo su breve presencia impresionó y deslumbró de tal modo, que su visita fue considerada sin disputa posible el acontecimiento del año.

En aquel 1925, ello quería decir algo muy preciso: que allí se encontraba el tema central de la temporada que iba a presentar, como todos los años, la ya instituida Troupe Estudiantil Ateniense. Y en efecto, su esperado espectáculo se tituló esta vez “El Marajá de Akhadejala”, y tuvo al dichoso Marajá como hilo conductor de los diferentes números que componían la Revista y que, obedeciendo a la razón de ser de la divertida troupe, se tomaban en solfa la vida y los milagros del Montevideo de ese momento.

Varios números impactaron ese año. La playa fue un tema dominante, porque al parecer fue por entonces que empezaron a cambiar nuestros hábitos veraniegos: se dejaron a un lado definitivamente las umbrosas casas-quintas del Paso del Molino y el Prado, nuestra gente pasó a preferir los soleados palacetes y chalets de Pocitos; al tiempo que se abandonaban los espantosos trajes de baño femeninos y las salidas de baño masculinas de género de toalla con capuchón, y todos empezamos nuestra inexorable marcha hacia el despojamiento paulatino en que hasta hoy, entusiastamente, andamos.

Otro tema fue el jazz, que acababa de entrar a bocanadas en nuestras aficiones musicales; y pasaron por la Revista ateniense los nombres en boga de Paul Whitman, George Gershwin, Al Jolson, Louis Armstrong. Pero la sensación de la temporada en el rubro “imitaciones” estuvo a cargo del joven estudiante Roberto Fontaina, quien recreó en el escenario a un inigualable Maurice Chevalier en la recién estrenada “Valentine”, que estaba dando su triunfal vuelta al mundo por esos mismos días.

*Montevideanos
vestidos casi
como
oficinistas
hacen playa
en Capurro
(1914).*



Sin embargo, el número que más impresionó en una temporada pródiga en atracciones y brillanteces, fue el que estuvo a cargo de un atleta, más que de un artista, si es que no era ambas cosas a la vez: Arturo Filloy, campeón nacional de saltos, experto en gimnasia de aparatos y dotado de una agilidad inverosímil.

Este Filloy había estudiado a fondo los movimientos simiescos y se divertía en la playa de Pocitos todas las mañanas haciendo piruetas de mono para asombro de la chiquilina que no podía creer lo que estaba viendo: los movimientos, los brincos y hasta las morisquetas del gimnasta eran calcadas de un chimpancé. Había que verlo rascándose, balanceándose en alguna barra, trepando con increíble velocidad por los fierros de los juegos y luego dejándose caer desde lo alto con facilidad pasmosa.

Y coincide que en ese año 1925 llega a manos de la Troupe una revista francesa, “Fou”, que traía comentarios sobre una comedia norteamericana que estaba teniendo un enorme éxito: “El mono que habla”. Y junto con el comentario venían fotos, que permitían apreciar una caracterización estupenda del actor que interpretaba el papel de mono. Pero si el francés podía, ¿por qué no Filloy?

Se deciden entonces los atenienses e incluyen en la revista de ese año un número que presentaba a un simio encarnado por Filloy, con la ayuda del notable maquillador Cepellini (que inauguraba de ese modo una estirpe de maquilladores teatrales que ha perdurado). El efecto fue sobrecogedor; la caracteri-

zación, perfecta. Filloy comía en escena tal cual lo haría un mono, patinaba, andaba en bicicleta, trepaba por las salientes de los palcos del Solís...

El público no salía de su asombro. “Este solo cuadro merece una revista”, proclamó, delirante, un crítico teatral; y en parecidos términos se expidieron sus colegas. No se habló de otra cosa en Montevideo. Sobraron motivos, pues, para que 1925 quedara impreso en la memoria del espectáculo montevideano.

Señalemos por último que al año siguiente ocurrirá el episodio que hizo época y que seguramente todos oyeron mencionar alguna vez: vuelve Filloy a transformarse en chimpancé, pero esta vez en compañía de Canuta, una mona auténtica traída del zoológico. El éxito vuelve a ser delirante, pero... finalizada la temporada y vuelta la chimpancé a su cubil, se pone a extrañar a su compañero que ya no está con ella, languidece día tras día, y termina dejándose morir con el mejor estilo de una heroína romántica...

Los afanes de Miguelito Pérez (alias Pajarito)

Nada nos dicen su nombre ni el alias con que era bien conocido en los recovecos de la feria de Yaro, hoy Tristán Narvaja, en las cercanías de 1930.

El sobrenombre “Pajarito”, al que respondía gustoso, tenía una razón de ser bastante obvia: eran precisamente pajaritos los que él vendía en la feria domingo a domingo.

Tenía instalado su “negocio” en la esquina misma de Yaro y Cerro Largo y consistía en un gran jaulón, sobre el cual había implantado, como era un comerciante serio, un gran cartel con el nombre de la razón social de la que era exclusivo responsable. Se titulaba, no muy modestamente, “El ornitólogo”, escrito en grandes letras de factura indudablemente casera; y estaba acompañado de un subtítulo más bien enigmático: “Venta de pájaros raros y afines” (el dueño nunca pudo explicar muy bien a qué se refería con lo de “afines”).

Los tales pájaros raros (quizás también los afines) eran aves de procedencia variada, que se veían saltando en los palitos de la pajarera: unos eran dinamarqueses, otros ecuatorianos, éstos de acá alemanes, aquéllos nigerianos, o belgas, o incluso chinos. Su surtido era altamente cosmopolita, y si uno se paraba a observar su extranjero aspecto, notaba que en efecto tenían todos un pelaje que jamás se había visto por estas latitudes.

*Un momento
social y...
galante: la
salida de misa
de la Matriz.*



Preguntones no faltaban, y entonces Pajarito prodigaba explicaciones sobre la nacionalidad de los volátiles que él había importado, sus costumbres en el lugar de origen, los problemas de adaptación a nuestro medio, que él, como calificado experto, había tenido que sortear para poder ofrecerlos en venta ahora en condiciones óptimas de esplendor y pelaje, ya que, como usted puede ver, constituyen un estupendo adorno vivo que...

¿Si cantan? ¡Por supuesto! Ese es su atractivo mayor: escuchar trinos en idiomas que no son el nuestro y que... ¿Quiere oírlos? ¡Pero cómo no! Y ahí nomás los pajaritos exóticos se ponían a trinar para asombro y deleite de los escuchadores casi nunca compradores (aunque era raro el domingo en que Pajarito no lograra colocar algún par de pupilos).

Pero su negocio no se limitaba a la feria de Yaro. Miguelito Pérez era un hombre activo y emprendedor, que no estaba dispuesto a desaprovechar los días de semana. Y entonces se tomaba con sus pájaros un tranvía que lo llevaba hasta Malvín, y desde allí se iba caminando hasta la entonces lejanísima Carrasco, atravesando inhóspitas dunas; pero él había aprendido que los aristocráticos habitantes del aristocrático balneario eran por demás sensibles a las maravillas que él iba a ofrecerles; al punto de que era raro el día que se volviera con menos de 80 o 100 pesos, que en aquellos tiempos representaban casi casi una pequeña fortuna para un modesto vendedor de pájaros.

La verdad de esta historia de Miguelito Pérez ya hace rato que habrá sido adivinada por el lector, siempre tan perspicaz cuando de truhanerías se trata. El hombre había inventado una especie de anilinas con los colores más variados que él combinaba a voluntad, y que luego aplicaba con verdadera maestría a los plumajes criollos de gorriones y chingolos, horneros y benteveos, consiguiendo efectos admirables de transmutación cromática. Era, realmente, un Picasso de la ornitología.

Y todavía se daba el lujo de pintarles a los pajaritos, con pincel fino, una línea dorada en el pico, que les daba una terminación suntuosa, y que servía para demostrar, de paso, el genuino exotismo de los ejemplares, porque aquí en el Uruguay nadie usa esa rayita.

Muy bien, ¿pero cómo conseguía Miguelito que los pajaritos cantaran cuando los posibles clientes pedían una demostración? No cantaban nada. Este hombre había desarrollado una segunda habilidad, seguramente no conocida en los anales de la picardía, tanto criolla como foránea: no se sabe cómo, había aprendido a ser lo que se llamaría “ventrílocuo de pájaros”. El que trinaba era él, pero con tal habilidad que el sonido parecía salir de los piquitos con orla dorada.

¡Sí bueno, ¿pero qué ocurría cuando los compradores se llevaban el pajarito para su casa y allí comprobaban que el trino exótico no volvía a repetirse, o era sustituido por un crudo y ordinario canto criollo? El cliente iría en busca de Pajarito para protestarle con toda razón... pero el ornitólogo ya lo estaba esperando hacía rato: “Lo que pasa es que estos pájaros exóticos son muy delicados y les cuesta enormemente adaptarse. Deje pasar un tiempo y entonces ya verá usted que...”

Y si el cliente no quedaba convencido y se ponía demasiado insistente, Pajarito sacaba a relucir un libro de... Freud –sí, Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis–, donde al parecer está incluido no sé cómo este dato que le venía de perlas: “Los pájaros delicados tardan a veces cinco años en adaptar su canto cuando los trasladan a regiones alejadas de su nacimiento”.

Por cierto que se trataría de un Freud apócrifo, agregado quién sabe con qué malas artes por el propio Pajarito; ¿pero quién se atrevía a desafiar la autoridad del pope del psicoanálisis, que empezaba a imperar indiscutido con sus aportes y descubrimientos, no sobre volátiles, es cierto, pero sí sobre las interioridades del alma humana, que tanto se les parece...?

*Estampas
novecentistas,
en alarde de
prestancia.*



Se oponen, polemizan, mueren el mismo día

El 24 de julio de 1938 es una fecha resonante en la historia política de este país: tuvo lugar el que se llamó “Mitin de Julio”, tal vez la movilización cívica más numerosa que se conoció hasta ese momento. Fue promovida por el batllismo y el nacionalismo independiente, proscriptos opositores al régimen dictatorial de Gabriel Terra, que reclamaban en ese acto el retorno a las prácticas democráticas abolidas desde el año 33.

Como es comprensible, todo ese día Montevideo estuvo en vilo, aguardando el momento de la manifestación, que se esperaba multitudinaria. No se hablaba de otra cosa en un Montevideo tenso y expectante.

No es de extrañar, por eso, que nuestra ciudad no tomara la más mínima nota de un doble hecho luctuoso que aconteció en el correr de ese día: el falle-

cimiento casi a la vez de dos figuras de enorme gravitación en la vida cultural del país, como lo fueron el pintor y pensador Pedro Figari y el novelista Carlos Reyles.

Pero lo que hace más singular la coincidencia de las dos muertes ese mismo día, es que ambas personalidades, casualmente, se habían enfrentado en un ardorosa polémica algunos años antes, en que los dos defendieron posiciones diametralmente opuestas acerca de un tema que, por lo demás, parece conservar hoy una acrecentada vigencia y actualidad.

Veintiocho años atrás, Carlos Reyles había salido a sostener una posición que entonces pareció bastante peregrina en un intelectual (puede que hoy no sorprendiera tanto). Afirma que en el mundo moderno, el oro, el interés pecuniario, es lo que debe primar por sobre toda otra consideración, porque según él ha caducado para siempre el mundo del espíritu, de la idea.

“La renuncia del espíritu como lazarillo de la vida es inminente. El viejo idealismo no tiene ninguna virtud eficaz y se ofrece hasta a los ojos más cándidos como una vejiga desinflada. Francia, Italia, España, Portugal, pagan muy caro su irrealismo, el crimen de haber preferido la idea al hecho, la palabra al acto. El lírico bagaje de ayer, es hoy pesada impedimenta. No sólo no incita a obrar, sino que impide obrar. A esos países el pasado les pertenece, pero no el futuro, por no haber reconocido todavía que la Fuerza es el elemento divino del universo, como el oro es el elemento divino de las sociedades”.

En opinión de muchos, esa divinización de la Fuerza, procedente de Nietzsche y luego sustento de tristes ideologías de este siglo, trae inevitablemente afligentes reminiscencias de un pasado no muy remoto; mientras que, en cambio, esa devoción por el oro como valor rector de las sociedades, nos remite a un presente por demás palpable. Hay quienes se han preguntado si el Reyles empresario próspero y exitoso que fue, no habrá sofocado al artista e intelectual indudables que hubo en él.

Poco después de establecer Reyles estos conceptos, le sale al cruce Pedro Figari en su reconocida obra ensayística “Arte, estética, ideal”, publicada en 1912, donde sostiene posiciones exactamente contrarias.

“El oro, tan aclamado y codiciado, está muy distante de ser un maravilloso agente de progreso y prosperidad. ¿Qué es el oro, en resumen? Un recurso. Como lo es el acero, o el músculo, o la pólvora; que tanto pueden servir para una obra generosa como para una infamia. Así como el músculo se aplica a extraer útilmente de la tierra sus tesoros, con igual facilidad clava un puñal

*Damas en el
London Paris
(1922),
cumpliendo
el consabido
rito de pasar
por la caja.*



por la espalda... Son las ideas, las ideas encaminadas en el conocimiento, las grandes palancas, los grandes propulsores del progreso. Basta un descubrimiento, una comprobación científica, para que el oro, el músculo, el acero, la idea, todo se ponga a su merced, como un esclavo. El raciocinio es el agente; lo demás le rinde vasallaje como brazo ejecutor”.

Cada lector puede sentirse más cerca o más lejos de una u otra de estas posiciones, pero al menos reconozcamos que más nítidos no pueden aparecer expuestos los dos polos contrarios de una contienda ética o filosófica que no se diría, ciertamente, cosa del pasado. (Justo es establecer que, bastante tiempo después de esta polémica, se advirtió en Reyles un cambio de óptica que lo llevó a atenuar y matizar en buena medida la radicalidad de sus opiniones recién expuestas).

Tal fue lo ocurrido, pues, en aquel 24 de Julio recordable por tantos motivos: mientras en la calle un río de uruguayos reclamaba la recuperación de la democracia, en el mismo instante estos dos personajes de incuestionable valía intelectual, pero de sentimientos tan encontrados, se apagaban a la vez.

(No puede verse sino como una dolorosa ironía el que un hombre que había endiosado el oro y exaltado el poder del dinero, muriera pobre en un apartamentito céntrico de Montevideo...).